

Posesiones perecederas

Traducción de Fabián Chueca

La relación entre el despilfarro de alimentos en los países ricos y la pobreza alimentaria en otros lugares del mundo no es ni sencilla ni directa, pero es sin duda real. El autor desgana en este texto argumentos que la ponen en evidencia y muestra hasta qué punto nuestra cultura del despilfarro resulta inaceptable.

En el siglo XVII, el filósofo John Locke escribió que si alguien recogía más alimentos de los que necesitaba y dejaba que se echaran a perder, «habría tomado más de lo que le correspondía y, por ello mismo, estaría robando a los otros». Si, por otra parte, consumía, trocaba o incluso regalaba los alimentos que le sobraban, «tampoco estaba haciendo daño a nadie, es decir, que no estaba desperdiciando la provisión común, ni estaba destruyendo parte alguna de los bienes que pertenecían a los demás, siempre que no permitiera que se echaran a perder en sus manos». ¿Cómo pasan la prueba de los juicios de Locke los países ricos modernos? ¿Ofrecen los paradigmas morales lockeanos alguna lección para nosotros hoy día?

Tristram Stuart es investigador y colabora con distintas ONG, gobiernos y empresas privadas

En una cadena de suministro de alimentos globalizada, las personas que dependen de la misma «provisión común» de recursos no son ya necesariamente nuestros vecinos, ni siquiera nuestros compatriotas. Aunque vivan a miles de kilómetros de distancia, muchas personas de Asia y África siguen dependiendo del mercado global para procurarse sus alimentos. ¿Cómo respondemos del hecho de que la mayoría de los países de Europa y EE UU desperdicien, en el proceso que va de la tierra a la mesa, la mitad del total de su suministro de alimentos? En ocasiones, se trata de las frutas y verduras frescas que los supermercados rechazan por no cumplir unas normas estéticas arbitrarias, los millones de rebanadas de pan fresco de buena cali-

dad que los fabricantes se ven obligados a desechar porque a los supermercados no les gusta que sus sándwiches estén hechos con las rebanadas exteriores de la barra, o los residuos que todos vemos a diario en nuestras casas, todo ello representa tierra, agua y otros recursos que podrían destinarse a un uso mejor que el de llenar de alimentos los vertederos de basura.

La relación entre el despilfarro de alimentos en los países ricos y la pobreza alimentaria en otros lugares del mundo no es ni sencilla ni directa, pero es real. Como es obvio, la solución no es que los países ricos envíen los tomates pasados o el pan duro a los países pobres después de salvarlos del cubo de la basura. Esta relación falaz parte del supuesto de que, para empezar, los alimentos que se encuentran en los hogares de las personas ricas o en los supermercados abarrotados no tenían otro posible destino que acabar en los países ricos. Los escépticos dirán que no existe relación alguna entre el desperdicio de alimentos en los países ricos y la falta de alimentos en el otro extremo del planeta. Puede que su razonamiento tuviera más fuerza en el pasado, cuando en ocasiones las hambrunas tenían que ver más con las condiciones locales –como la guerra o los desastres naturales– que con la escasez global. Pero hace tiempo que la relación existe, y la crisis alimentaria de 2007-2008 y las escaladas de precios más recientes, causadas en parte por la escasez global de cereales, han permitido que esto sea más evidente. No cabe la menor duda de que las fluctuaciones del consumo en los países ricos afectan a la disponibilidad de alimentos en el mundo, y que esto repercute directamente en la capacidad de las personas pobres para comprar alimentos en cantidades suficientes para sobrevivir.

La demostración más fácil de la certeza de este razonamiento nos la ofrecen los cereales –sobre todo el trigo, el arroz y el maíz–, que tienen precios globales que determinan el coste de los alimentos en los mercados de África y Asia del mismo modo que lo hacen en los pasillos de los supermercados de EE UU y Europa. La cantidad de cereales que los países ricos importan y exportan depende de la cantidad que se consume en el interior de esos países, y también de la que se tira a la basura. Si los países occidentales desvían millones de toneladas de cereales a sus cubos de basura, habrá menos cereales disponibles en el mercado mundial. Si dejaran de hacerlo, habría más y sería más probable que fueran asequibles. Dado que el suministro de alimentos se ha convertido en un fenómeno global, y especialmente cuando la demanda es mayor que la oferta, tirar alimentos al cubo de la basura equivale verdaderamente a detraerlos del mercado mundial y quitárselos de la boca a quienes pasan hambre.

El despilfarro de alimentos además agota las ya limitadas tierras agrícolas del planeta. Si los países ricos desperdiciaran menos, incluidos los productos alimenticios frescos que se cultivan y compran dentro de cada país, podrían liberarse dichas tierras para otros usos. Si esos alimentos no se compraran y desperdiciaran, la tierra y otros recursos podrían dedi-

carse a otros cultivos, por ejemplo, a productos alimenticios como los cereales, que podrían contribuir a unos suministros globales muy necesarios.

Cabe formular objeciones legítimas a este razonamiento; por ejemplo, que la demanda de los países ricos puede estimular la producción y contribuir a las economías de los países pobres y, por lo tanto, al tirar comida a la basura lo único que se logra es que aumente una demanda que eleva los ingresos de algunos agricultores. También es cierto que, en determinadas circunstancias, cultivar excedentes puede ser una medida necesaria y deseable para evitar la escasez de alimentos. Pero la creación de excedentes alimentarios implica contrapartidas en cuanto al uso de la tierra, el agotamiento de los recursos y la máxima exigencia sobre los suministros, por lo que cuando se llega a los límites ecológicos o de producción, los costes del despilfarro superan a los beneficios potenciales. También es cierto que en determinadas circunstancias, si los países ricos dejaran de desperdiciar tanto, los alimentos que se liberarían podrían simplemente ser comprados por otras personas relativamente acomodadas, para destinarlos, por ejemplo, a engordar un mayor número de ganado, y no para el consumo de las familias más pobres. Pero, en general, la presión ejercida sobre los suministros de alimentos mundiales disminuiría, lo cual ayudaría a estabilizar los precios y a mejorar la situación de la inmensa mayoría de las personas pobres que dependen de estos mercados para procurarse sus alimentos.

Tirar alimentos al cubo de la basura equivale a detraerlos del mercado mundial y quitárselos de la boca a quienes pasan hambre

El hambre y la malnutrición tampoco son preocupaciones exclusivamente ajenas; también hay millones de personas en el mundo desarrollado que no tienen suficiente para comer. Sólo en Gran Bretaña, hay 4 millones de personas que no pueden acceder a una dieta digna. En EEUU, más de 40 millones de personas viven en familias que no tienen acceso seguro a los alimentos, y en la Unión Europea se calcula que unos 43 millones están en riesgo de pobreza alimentaria.

En España, el número de personas que viven en la pobreza ha registrado un brusco aumento debido a la crisis económica. De acuerdo con estadísticas nacionales, aproximadamente el 22,5% de la población española (más de 10 millones de personas) vive en condiciones de pobreza, en las que se incluyen las personas que ganan menos del 50% de la media española.¹ Unos 2 millones de personas viven con menos de 300 euros al mes, lo cual significa que pasan apuros para acceder a una dieta digna.

¹ EAPN, *Las cifras de pobreza y exclusión social en España*, Madrid, 2011.

Esta situación persiste al tiempo que los supermercados tiran a la basura millones de toneladas de alimentos de calidad. En este caso, una posible solución es donar los excedentes alimentarios a organizaciones como los bancos de alimentos o los centros de redistribución, como Fareshare en el Reino Unido o Feeding America en EEUU, para que los entreguen a personas que los necesitan mientras están todavía frescos y son aptos para el consumo.

En España, existe una extensa red de bancos de alimentos, todos ellos agrupados en la Federación Española de Bancos de Alimentos (FESBAL). La FESBAL ha informado de un brusco aumento de la demanda de sus servicios, que atienden a las necesidades de 1,30 millones de beneficiarios, que eran 1,15 millones en 2010. En términos de cantidades, los miembros de los bancos de alimentos de la FESBAL distribuyeron 80 millones de kilogramos de alimentos en 2010, y el año pasado esta cifra ascendió a 100 millones de productos que de otro modo se habrían echado a perder.

¿Qué impacto tiene el despilfarro de alimentos en los países ricos?

Entonces, en lo que a evitar que los alimentos lleguen a la boca de los hambrientos se refiere, ¿qué importancia tiene el despilfarro de alimentos en los países ricos? Una manera de abordarlo es mediante el cálculo del valor nutritivo de los alimentos que se desperdician. Es difícil imaginar un millón de toneladas de alimentos, pero si convertimos esta medida en el número de personas que podrían haberse alimentado con ellos será más fácil de entender, y el valor de esos alimentos más elocuente. Incluso puede contribuir a ofrecer una idea más clara del número de personas que podrían verdaderamente alimentarse en el mundo si desperdiciáramos menos.

Según la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), el déficit calórico medio de las personas malnutridas en el mundo en desarrollo es de 250 kcal por persona y día, un nivel de desnutrición que recibe el nombre de «magnitud del hambre». El suministro a una persona desnutrida media de 250 kilocalorías adicionales al día le permitiría alcanzar un peso corporal aceptable mínimo y realizar una actividad ligera. La malnutrición causa retraso en el crecimiento de los niños y frena el desarrollo del cerebro; daña el sistema inmunitario y a veces provoca la muerte por inanición: un promedio de 250 kcal adicionales al día sería suficiente para impedirlo.

Los estudios detallados sobre el desperdicio de alimentos que se han realizado en Gran Bretaña y EE UU nos permiten calcular con cierta precisión el contenido nutricional de los alimentos desechados. Los consumidores británicos y los minoristas norteamericanos, los servicios de alimentación y las familias tiran a la basura una cantidad suficiente de alimentos a base

de cereales, sobre todo en forma de pan, como para aliviar el hambre de más de 224 millones de personas, es decir, podrían haberles suministrado esas 250 kcal adicionales al día que necesitan para evitar la malnutrición (y estos datos siguen sin incluir los desperdicios industriales de alimentos en eslabones todavía no medidos de la cadena de abastecimiento). Si incluimos cultivos como el trigo, el maíz y la soja que se usan para producir la carne y los productos lácteos que se tiran a la basura, el resultado es que habríamos dispuesto de alimentos suficientes como para aliviar el hambre de 1.500 millones de personas, es decir, más que el total de personas malnutridas en el mundo. Esos cereales –si no hubiéramos pagado por ellos más que los pobres– podrían haberse quedado en el mercado mundial; la gente podría haberlos comprado y, por tanto, comido. Si se calculan los alimentos desperdiciados por los consumidores y las industrias alimentarias de Europa y se suman a ese total, habría alimentos suficientes para satisfacer las necesidades de todos los hambrientos del mundo hasta siete veces. Recurriendo a un conjunto totalmente distinto de datos sobre producción y consumo procedentes de la FAO, es posible calcular aproximadamente la cantidad de alimentos que podrían ahorrarse si todos los países del mundo redujeran los desperdicios y los excedentes innecesarios hasta el punto de que ningún país suministrase a su población más del 130% de sus necesidades nutricionales (frente al 200% actual en el caso de EE UU y un porcentaje ligeramente inferior en la mayoría de los países europeos). En mi libro *Despilfarro: el escándalo global de la comida*² expongo en mayor detalle este cálculo, pero el total global indica que sería posible ahorrar el 33% del suministro de alimentos mundial, es decir, alimentos suficientes para satisfacer la totalidad de las necesidades nutricionales de otros 3.000 millones de personas (véase gráfico 1, p. 146). El informe de la FAO sobre el desperdicio de alimentos publicado en 2011³ respaldaba esta conclusión y constataba que en total se desperdicia aproximadamente un tercio del suministro alimentario del mundo. El desglose por países indica que todos los países ricos guardan en sus tiendas y restaurantes una cantidad de alimentos entre 1,5 y 2 mayor que la realmente necesaria para satisfacer las necesidades nutricionales de sus respectivas poblaciones. España se sitúa más o menos en el promedio, con un 170% de los alimentos que necesita (después de tener en cuenta las exportaciones y las importaciones) (véase gráfico 2, p. 146).

Pero estas sorprendentes cifras ni siquiera incluyen los ahorros que podrían lograrse si los occidentales incluyeran en su dieta una proporción menor de productos derivados de ganado alimentado con cereales, con lo que se liberarían cereales para alimentar a las personas, en vez de a los animales, y de forma suficiente, sin contar con el posible ahorro derivado de los productos agrícolas que se despilfarran actualmente en los países ricos antes de entrar en la cadena de abastecimiento de alimentos para consumo humano, como las patatas que se rechazan por motivos estéticos; ni la desviación de cultivos alimenticios a

² T. Stuart, *Despilfarro: el escándalo global de la comida*, Alianza, Madrid, 2011.

³ Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, *Global Food Losses and Food Waste*, FAO, Roma, 2011.

Gráfico 1. Porcentaje del suministro mundial de alimentos que podría ahorrarse (de totales globales sin desglosar de cada país)

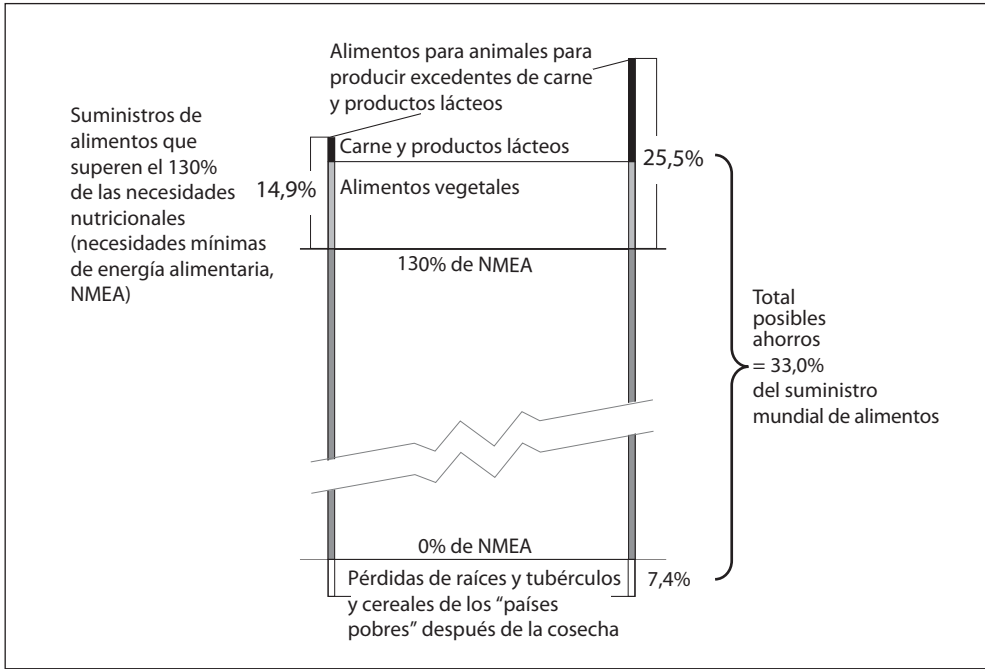
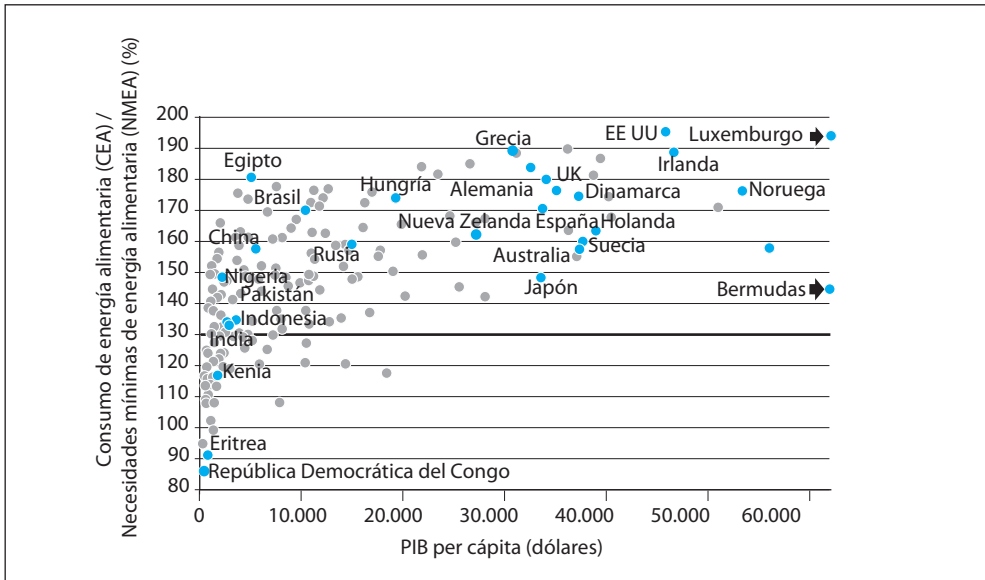


Gráfico 2. Suministro de alimentos: porcentaje de las necesidades nutricionales en relación con el PIB



otros usos no alimenticios, ni los millones de toneladas de pescado que desechan cada año las flotas pesqueras, ni el enorme ahorro que supondría que Europa destinara sus descomunales cantidades de alimentos despilfarrados para engordar cerdos y pollos, en vez de prohibir, como hace ahora, este antiguo proceso de reciclado en virtud de una legislación equivocada sobre subproductos animales.

Sacrificar de forma gratuita las necesidades más esenciales de otras personas para llenar de comida los cubos de basura debería llegar a ser, con el tiempo, una conducta socialmente inaceptable

La magnitud del despilfarro de alimentos en España es comparable a las cifras que hallamos en los Estados miembros más ricos de la Unión Europea. Según un reciente estudio de la Comisión Europea en España se desperdician unos 7,7 millones de toneladas de alimentos, de los que la industria y las familias desperdician algo menos de 2,2 millones de toneladas cada sector, mientras que otros, como el comercio minorista y los servicios de alimentación, son responsables conjuntamente del despilfarro de más de 3,3 millones de toneladas de alimentos.⁴ Debe señalarse que estos cálculos no incluyen los desperdicios producidos por grandes elementos de la cadena de suministro de alimentos como la agricultura.

Es evidente que este volumen de alimentos que se tiran a la basura no sólo representa un despilfarro masivo de recursos naturales sino que tiene un considerable coste monetario para las familias y para la industria alimentaria. Un estudio reciente de la Federación Española de Hostelería (FEHR) y Unilever Food Solutions reveló que los restaurantes tiran a la basura 63.000 toneladas de alimentos cada año en España, lo que significa que cada restaurante español tira más de media tonelada de alimentos al año.⁵ Esta cifra representa una pérdida anual de 255 millones de euros para el sector de servicios de alimentación español. Según este estudio, la cifra se ha duplicado en los últimos dos decenios, a causa muy probablemente del aumento del número de españoles que optan por comer fuera de casa. Pero el estudio también indica que el 60% de estos desperdicios se debe a la deficiente previsión de los restaurantes en el momento de la compra que, de hacerse bien, supondría una enorme oportunidad para ahorrar costes.

Parece ser que el mundo opulento está haciendo a escala global aquello contra lo que Locke prevenía en la Inglaterra del siglo XVII. Secuestramos la tierra y otros recursos comunes del mundo para cultivar alimentos que terminan en la basura. Según Locke, esto anularía nuestro derecho a poseer la tierra y los alimentos que en ella se cultivan.

⁴ Comisión Europea, *Preparatory Study on Food Waste Across EU27*, informe final, octubre de 2010.

⁵ «Abra los ojos ante los desperdicios: Trabaje de manera inteligente».

Imaginemos que vivimos en una habitación cerrada con otras cinco personas. Una de las personas de la habitación está desnutrida, y otra es mucho más rica y poderosa que las demás. La persona rica come más que las demás, y le sobran alimentos suficientes para engordar a sus cerdos y su ganado. Es además muy negligente con sus alimentos, los acumula en su rincón y a veces se olvida de consumirlos antes de que crien moho. Tira a la basura más comida de la que la persona hambrienta necesita para recobrar su salud y su fuerza.

Lo cierto es que vivimos en una habitación cerrada, la Tierra, en la que podemos cultivar en un año cualquiera una cantidad finita (aunque variable) de alimentos, y actualmente los ricos pueden pagar por ellos precios más altos que los pobres, a veces para desperdiciarlos sin más. Es comprensible que no hayamos aprendido todavía a entender la manera en que nuestras acciones cotidianas afectan a la gente que vive en el otro extremo del planeta. La compasión es en parte una emoción visceral, y la distancia entre nuestros actos y quienes se ven afectados por ellos la debilitan. Este tipo de conciencia global es relativamente nueva, y a las sociedades siempre les lleva tiempo asimilar las grandes ideas, sobre todo cuando son incómodas. También es difícil superar nuestra tendencia hereditaria –en las tradiciones sociales y probablemente en nuestros genes– a apropiarnos de territorios y recursos que garanticen el bienestar de nuestro propio grupo a costa de los demás.

Es demasiado fácil recurrir a la condena y a la indignación. Todos somos humanos, y la mayoría poseemos un sentido de nuestra propia honradez y justicia. Debemos considerar nuestra conducta como un rasgo distintivo del comportamiento humano, que debemos interpretar –en sus orígenes y en los medios sociales, económicos y militares por los que se perpetúa– para saber por qué no sólo somos cómplices en estas acciones, sino que participamos activamente en ellas, en perjuicio de otros seres humanos y del mundo natural.

Exigir responsabilidades por las consecuencias no deseadas de nuestros actos es problemático, en el mejor de los casos, y las cosas se enredan aún más cuando sabemos de antemano cuáles serán esas consecuencias no deseadas o cuándo podríamos saberlo si nos informásemos. Nuestro sentido de la responsabilidad personal se difumina aún más cuando las causas últimas obedecen al comportamiento colectivo. ¿Qué influencia tenemos realmente como individuos?

Una encuesta realizada en Australia en 2005 reveló que el 60% de la gente se sentía culpable por comprar y despilfarrar después productos como los alimentos; sólo el 14% de las personas que contestaron dijeron que no les preocupaba mucho o no les preocupaba nada. Pero en vez de sentirnos culpables, deberíamos sentirnos empoderados por el sentido de la responsabilidad. En muchos aspectos supone un alivio que podamos hacer algo por mejorar las vidas de las personas hambrientas del mundo mediante una acción tan sencilla como comprar sólo los alimentos que vamos a comer, y comer todo lo que compremos.

Tal vez sea poco aconsejable, por no decir inviable, confiar en que todos consumamos el mínimo necesario para sobrevivir. Pero sacrificar de forma gratuita las necesidades más esenciales de otros mientras llenamos de comida los cubos de basura debería llegar a ser, con el tiempo, una conducta socialmente inaceptable. Los que vivimos en el mundo próspero privamos a otros de alimentos necesarios para su supervivencia, a menudo por motivos tan caprichosos como que nuestros frigoríficos estén repletos de alimentos que no llegaremos a consumir nunca. No resulta difícil concluir que con nuestra actitud indirecta, a distancia y basada en la ignorancia nos estamos comportando de un modo criminal con nuestros congéneres.